

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La abeja Maya se mete en problemas (7/17)

Después de conocer a la mosca Puck, Maya no estaba muy contenta. No podía creer que él tuviera razón en todo lo que dijo sobre los humanos, ni que todo lo que había vivido con los humanos fuera cierto. Tenía una imagen más agradable y hermosa de los humanos en su cabeza. Ella no quería que esa imagen cambiara por todas estas ideas ridículas sobre la humanidad. Sin embargo, todavía tenía miedo de entrar en una casa. ¿Cómo sabría si al dueño le gustaría su visita o no? Pero se aseguraría de que nadie se molestara con ella. Volvió a pensar en las cosas que Cassandra le había dicho. "La gente es buena y sabia", había dicho Cassandra. "Son fuertes y poderosos, pero nunca abusan de su poder. Las abejas, sabiendo que son nuestros amigos, compartimos nuestra miel con ellos. Nos dejan suficiente para el invierno. Nos dan cobijo del frío y nos protegen de otros animales hostiles. Hay pocas criaturas en el mundo que hayan tenido tal amistad con los humanos y trabajen para ellos. Entre los insectos se suele hablar mal de los humanos. No los escuches. Si una ciudad de abejas tontamente intenta regresar a la naturaleza ignorando a los humanos, la ciudad perece rápidamente. Hay demasiados animales que quieren nuestra miel y, a menudo, toda una ciudad de abejas, todos sus edificios y

todos sus habitantes, son destruidos. Un acto sin sentido, solo porque un animal quiere saciar su hambre de miel". Eso es lo que Cassandra le había dicho a Maya sobre los humanos, y hasta que Maya se convenciera de lo contrario, quería mantener esta imagen de los humanos. Ahora era por la tarde. El sol se ocultaba tras los árboles frutales de la gran huerta por la que volaba Maya. Los árboles habían dejado de florecer hacía mucho tiempo, pero la pequeña abeja aún recordaba el esplendor de innumerables flores. El delicioso aroma y el brillo, oh, nunca olvidaría lo hermoso que era. Mientras volaba, pensó en cómo toda esa belleza regresaría en la primavera, y su corazón latía de alegría por que se le permitiera volar en un mundo tan hermoso. Al final del jardín, el jazmín estaba en plena floración. Las flores tenían caras amarillas con una corona de blanco. Olían



deliciosamente dulce mientras Maya flotaba en una suave brisa.

Voló entre los tallos de los arbustos de moras. Pero cuando despegó de nuevo para volar más lejos, algo extraño cayó sobre su frente y hombros, y también cubrió rápidamente sus alas. Fue la sensación más extraña de todas, como si de repente se detuviera su vuelo y se cayera sin poder hacer nada.

Una fuerza invisible y malévola parecía estar sujetando sus antenas, sus piernas y sus alas. Pero no cayó. Aunque ya no podía mover sus alas, todavía colgaba, balanceándose en el aire. Subió un poco, luego bajó un poco, luego fue arrojada a un lado, luego hacia el otro. Era como si fuera una hoja suelta en el viento. Maya estaba preocupada, pero aún no realmente aterrorizada. ¿Por qué lo estaría? No sintió dolor de ningún tipo. Era muy peculiar, tan peculiar, que algo terrible parecía acechar en el fondo. Pero tenía que seguir volando. Si se esforzaba mucho, sin duda podría hacerlo.



Pero entonces vio un hilo elástico sobre su pecho, más fino que la seda más fina. Se quedó helada de miedo y rápidamente lo agarró. Pero se pegó a su mano y no pudo quitárselo. Y había otro hilo sobre sus hombros. El hilo estaba sobre sus alas y las unía. ¡Y allí, y allí! ¡Por todas partes en el aire, y sobre su cuerpo y debajo de su cuerpo, estaban esos hilos brillantes y pegajosos! Maya gritó con horror. ¡Ahora lo sabía! ¡Oh, oh, ahora lo sabía! Estaba atrapada en una telaraña. Sus gritos aterrorizados sonaron en el aire tranquilo del verano mientras la luz del sol convertía el verde de las hojas en oro, los insectos volaban de un lado a otro y los pájaros volaban alegremente de árbol en árbol. Cerca, el jazmín esparció su delicioso aroma por el aire, el jazmín que ella había querido alcanzar... Ahora todo había terminado. Una pequeña mariposa azulada, con manchas

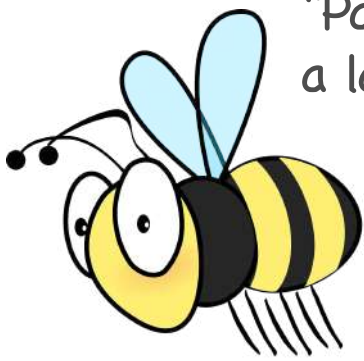
marrones que brillaban como cobre en sus alas, pasó volando.

“Ay, pobre alma”, exclamó la mariposa al escuchar los gritos de Maya y verla desesperada. “Que tu muerte sea fácil, querida niña. No puedo ayudarte. Un día, tal vez incluso esta noche, sufriré el mismo destino. Pero mientras tanto, la vida sigue siendo deliciosa para mí. ¡Adiós! No olvides pensar en la luz del sol durante el sueño profundo de la muerte”. Y la mariposa azul se alejó revoloteando, regocijándose con el sol, las flores y su propia alegría de vivir.

Las lágrimas salieron de los ojos de Maya y perdió la cordura. Sacudió su cuerpo de un lado a otro, zumbó tan fuerte como pudo y gritó pidiendo ayuda. Pero cuanto más se movía, más se enredaba en la red. Ahora, las advertencias de Cassandra pasaron por su cabeza: “Cuidado con la araña y su telaraña. Si las abejas caemos bajo el poder de una araña, sufrimos la muerte más espantosa. La araña es astuta, y una vez que tiene a alguien en su tela, nunca lo suelta”.

En su miedo, Maya hizo un último intento por liberarse. Y en algún lugar, uno de los hilos más largos y pesados se rompió. Maya sintió que se rompía, pero al mismo tiempo, sintió la telaraña por todas partes. Así funciona una telaraña, cuanto más se lucha en ella, más peligrosa se vuelve. Así que se rindió, completamente agotada. En ese momento, vio a la propia araña, muy cerca, debajo de una hoja de zarzamora. Al ver al gran monstruo, agachado como si estuviera listo para atacar, el horror de Maya se hizo aún mayor. Los malvados y brillantes ojos miraron con frialdad a la pequeña abeja.

Maya dejó escapar un fuerte grito. Este fue el peor de todos. La muerte no podía verse peor que ese monstruo gris y peludo con sus malvados colmillos y piernas levantadas debajo de su grueso cuerpo. La araña vendría corriendo hacia ella y entonces todo terminaría. De repente, Maya se enojó, peor que nunca. Se olvidó de su gran miedo a la muerte y se concentró en una sola cosa, vender su vida lo más cara posible. Dejó escapar el grito de batalla fuerte, claro y alarmante que todas las criaturas conocían y temían.



“Pagarás tu astucia con la muerte”, le gritó a la araña. “Ven e intenta matarme, adelante, sabrás lo que puede hacer una abeja”.

La araña no se alarmó. Había asustado a criaturas más grandes que la pequeña Maya. Fuerte en su ira, Maya ahora hizo otro violento y desesperado intento de liberarse y... uno de los largos hilos que colgaban sobre ella se rompió. La red probablemente era usada para moscas y mosquitos, no para insectos tan grandes como las abejas. Pero Maya solo se enredó más en la red. En un movimiento, la araña se acercó mucho a Maya. Balanceó sus ágiles piernas en un solo hilo y colgó con el cuerpo recto hacia abajo.

“¿Qué te da derecho a romper mi red?”, le dijo a Maya con voz áspera. “¿Qué estás haciendo aquí? ¿No es el mundo lo suficientemente grande para ti? ¿Por qué molestas a alguien pacífico como yo?”.

Eso no era lo que Maya esperaba escuchar.

“No era mi intención”, gritó, pero con un rayo de esperanza. Por muy fea que fuera la araña, no parecía estar planeando ningún daño. “No vi tu red y quedé atrapada en ella. Lo siento mucho. Por favor, discúlpame”.

La araña se acercó.

“Tienes un cuerpecito gracioso”, dijo, soltando el hilo con una pierna, luego con la otra. El hilo delgado tembló. ¡Qué increíble que un hilo tan delgado pudiera soportar a una criatura tan grande!

“Oh, por favor, ayúdame a salir de aquí”, suplicó Maya. “Estaría muy agradecida”.

“Por eso estoy aquí”, dijo la araña, sonriendo extrañamente. A pesar de sus sonrisas, parecía mala y engañosa. “Tu lucha está dañando toda mi red. Cállate un momento y te liberaré”.

“¡Oh gracias! ¡Gracias!”, dijo Maya.

La araña estaba ahora muy cerca de ella. Miró cuidadosamente la red para ver cómo estaba enredada Maya.

“¿Qué pasa con tu aguijón?”, preguntó.

¡Oh, qué horrible parecía! Maya se preocupó al pensar en la araña tocándola, pero respondió tan amablemente como pudo: “No te preocupes por mi aguijón. Lo guardaré y nadie podrá lastimarse con él”.

“Espero que no”, dijo la araña. “Ahora, ¡ten cuidado! Tranquilízate. De lo contrario, estropearás mi red”.

Maya se quedó en silencio. De repente, sintió que la sacudían de un lado a otro en el mismo lugar, hasta que se mareó, sintió náuseas y tuvo que cerrar los ojos. ¿Qué pasa? Abrió los ojos. Estaba completamente

enredada en un hilo nuevo y pegajoso que la araña debía haber tenido con ella.

“¡Dios mío!”, gritó suavemente la pequeña Maya. Eso fue todo lo que dijo. Ahora vio lo mala que había sido la araña. Había caído en su trampa y ahora no había ninguna posibilidad de escapar. No podía mover ninguna parte de su cuerpo. Su final estaba muy cerca ya. Su ira se había desvanecido, solo sentía una gran tristeza.

“No sabía que había tanta maldad en el mundo”, pensó.

“La noche oscura de la muerte me espera. Adiós, querido sol brillante. Adiós, mis queridas abejas. ¿Por qué las dejé? Deseaba una vida feliz, pero desafortunadamente, voy a morir”.

La araña estaba en guardia, un poco a un lado. Todavía tenía miedo del aguijón de Maya.

“Bueno, bueno, ¿ahora qué?”, se burló. “¿Cómo te sientes, niña?”.

Maya era demasiado orgullosa para responder a la falsa criatura. Después de un rato, cuando ya no podía más, solo dijo: “Por favor, solo mátame ya”.

“¡En serio!”, dijo la araña y ató algunos hilos rotos juntos. “¡En serio! ¿Crees que soy un animal tan loco como tú? Morirás de todos modos, si te quedas el tiempo suficiente, es entonces que te chuparé la sangre, cuando ya no puedas picarme. Si pudieras ver cuánto has dañado mi red, te darías cuenta de que mereces morir”.

Se dejó caer al suelo, colocó el extremo del hilo alrededor de una piedra. Luego volvió corriendo, agarró el hilo del que colgaba atrapada la pequeña Maya y la arrastró.

“Te pondré a la sombra, querida”, dijo, “para que no te seques al sol. Además, colgada aquí, parecerás un espantapájaros. Asustas a otros que no están prestando atención a dónde van. A veces vienen gorriones y asaltan mi red. Por cierto, mi nombre es Thekla, estoy emparentada con las arañas cruzadas. No tienes que decirme tu nombre. No tiene importancia. Eres una abeja gorda y simpática, y tendrás un sabor deliciosamente tierno y jugoso”.

Así colgaba la pequeña Maya a la sombra de la zarzamora, pegada al suelo, completamente a merced de la cruel araña que quería dejarla morir lentamente de hambre. Con la cabeza abajo, pronto sintió que no tardaría muchos minutos más. Ella gritó suavemente, y su grito de ayuda se hizo más y más débil. ¿Quién podría oírla ahora? Su colonia de abejas no sabía nada de esto, por lo que no podrían acudir en su ayuda. De repente escuchó a alguien gruñendo en la hierba:

“¡Muévete! Ya voy”.

El corazón de Maya comenzó a latir rápido. Reconoció la voz de Bobbie, el escarabajo pelotero.

“¡Bobbie!”, gritó tan fuerte como pudo. “¡Bobbie, querido Bobbie!”.

“¡A moverse! Ya voy.”

“Pero no estoy en tu camino, Bobbie” gritó Maya. “No, estoy sobre tu cabeza. La araña me ha atrapado”.

“¿Quién eres?” preguntó Bobbie. “Mucha gente me conoce. Lo sabes, ¿no?”.

“Soy Maya. Maya, la abeja. ¡Oh, por favor, ayúdame, por favor!”.

“¿Maya? ¿Maya? Ah, ahora me acuerdo. Me conociste hace unas semanas. Estás muy mal, si puedo decirlo. Seguro necesitas mi ayuda. Dado que tengo un poco de tiempo, no me negaré”.

“Oh, Bobbie, ¿puedes romper estos hilos?”.

“¿Romper? ¿Esos hilos? No me insultes. Mira estos músculos, duros como el acero. Puedo hacer mucho más que romper algunas telas de araña. Verás”.

Bobbie se arrastró hasta la hoja, agarró el hilo del que colgaba Maya, se aferró a él y luego soltó la hoja. El hilo se rompió y ambos cayeron al suelo.

“Esto es solo el comienzo”, dijo Bobbie. “Pero Maya, estás temblando. Mi querida niña, ¿por qué tienes tanto miedo a la muerte? Debes mirar a la muerte tranquila a los ojos, como lo hago yo. Ahora te liberaré”.

Maya no podía hablar. Lágrimas de felicidad rodaron por sus mejillas. Volvería a ser libre, volaría bajo el sol, volaría donde quisiera. ¡Viviría de nuevo! Bobbie liberó a Maya de la telaraña. Pero luego vio a la araña bajar por el arbusto de moras.

“¡Bobbie!”, gritó, “¡viene la araña!”.

Bobbie continuó con calma y rió por lo bajo. Era realmente un insecto fuerte.

“Se lo pensará dos veces antes de acercarse”, dijo.

Pero entonces la voz malvada resonó por encima de ellos: “¡Ladrones! ¡Ayuda! Me están robando. Gordo, ¿qué estás haciendo con mi presa?”

“No se preocupe, señora”, dijo Bobbie. “Si dices otra palabra que no me gusta, romperé toda tu red en pedazos. Ahora, dime, ¿por qué de repente estás tan callada?”

“He sido derrotada”, dijo la araña.

“Será mejor que te vayas de aquí ya mismo”, afirmó Bobbie.

La araña le lanzó a Bobbie una mirada llena de odio, pero volvió a pensarlo cuando miró su telaraña, y lentamente se dio la vuelta, enojada. Los colmillos y las picaduras no servirían de nada. Ni siquiera dejarían rastro en el grueso caparazón que tienen los escarabajos. Con airados murmullos sobre la injusticia, la araña se escondió en una hoja marchita, desde la cual podía espiar y vigilar su telaraña. Mientras tanto, Bobbie había liberado a Maya. Rasgó los hilos alrededor de sus piernas y alas. El resto lo podía hacer ella sola. ¡Qué feliz estaba! Pero tuvo que moverse lentamente, ya que todavía estaba débil.

“Solo tienes que olvidar lo que ha pasado”, dijo Bobbie.

“Entonces dejarás de temblar. Ahora prueba si puedes volar. Inténtalo”.

Maya se levantó con un suave zumbido. Sus alas todavía funcionaban y, para su alegría, sintió que ninguna parte de su cuerpo había resultado herida. Voló hacia las flores de jazmín, bebió ansiosamente de la savia de miel deliciosamente fragante y regresó con Bobbie, que había dejado los arbustos de zarzamora y estaba sentado en la hierba.

“Te lo agradezco con todo mi corazón”, dijo Maya, profundamente feliz por su libertad recuperada.

“Unas palabras de agradecimiento están bien”, dijo Bobbie. “Pero así soy yo: siempre hago algo por los demás. Ahora vuela rápido. Te aconsejo que te acuestes

temprano esta noche. ¿Debes recorrer un largo camino?”.

“No”, dijo Maya. “No tengo que ir muy lejos. Vivo al borde del bosque de hayas. Adiós, Bobbie, nunca te olvidaré, nunca, nunca, mientras viva. ¡Adiós!”.